

**M^a Isabel Ruiz García
Carmen González Canalejo**

**FRANQUISMO, EXILIO Y REPRESIÓN FAMILIAR:
MEMORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA
(1936-1952)**

HISTORIA Y MEMORIA

**Todos los Nombres, Mapa de Fosas y
Actuaciones de los Tribunales de
Responsabilidades Políticas en Andalucía**

EDITORES

Miguel Gómez Oliver - Fernando Martínez López

ISBN: 978-84-8240-869-9

Depósito Legal: AL-2980-2007



**EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE ALMERÍA**

Archivo descargado de www.todoslosnombres.org

FRANQUISMO, EXILIO Y REPRESIÓN FAMILIAR: MEMORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA (1936-1952)

M^a Isabel Ruiz García
Carmen González Canalejo
Universidad de Almería

“Por fin empezaron a anunciar el fin de la guerra. Por mis pocos años no me daba cuenta exacta del peligro que corríamos todos los que estábamos al lado de la República --éramos enemigos mortales--. Para entonces ya se había perdido el frente de Aragón y se cortaron las comunicaciones desde Barcelona. No tenía noticias de mis hermanos ni de mis padres. El destino de la guerra nos había separado entre Almería, Cartagena, Barcelona y Teruel. Nunca más volvimos a estar juntos. Cuando pienso en aquellos años... me pregunto cómo pude aguantar tantas desgracias fuera de los míos”¹.

La cita que abre este texto es la expresión de una profunda conocedora de la experiencia vivida por los hombres y mujeres de la II República, que la hicieron posible y cayeron con ella. Nos sitúa sobre la raíz de lo que la represión franquista supuso para millares de familias y de mujeres que fueron capaces de reconstruir la vida cotidiana, a pesar de las desapariciones, los asesinatos, los campos de concentración y, en el mejor de los casos, el exilio.

A finales de los años 70 del pasado siglo, los historiadores comenzaron a diferenciar entre los términos historia y memoria. La historia entendida como un saber acumulativo, con su rigor y exhaustividad. Y la memoria de estos hechos pasados cultivada por los contemporáneos y sus descendientes. No podemos olvidar que a finales de esa década aparece la obra de Thompson *The voice of the past*², donde se pone de manifiesto la emergencia de las fuentes orales entre los historiadores europeos.

La perspectiva del historiador se ha centrado fundamentalmente en el análisis de la memoria histórica sin embargo en el periodo que es objeto de nuestro estudio, la Guerra Civil

¹ Entrevista con María García Torrecillas en diciembre de 2005. Superviviente junto a dos de sus hermanos, Domingo y Roque de la represión franquista desencadenada hacia las familias republicanas almerienses. Descubierta por el Grupo de Investigación Surclío, le ha sido otorgada la medalla de oro de la Junta de Andalucía en febrero de 2007, por sus méritos humanitarios en los campos de concentración franceses.

² Editada en 1978, en Oxford. Versión española: “La voz del pasado. Historia Oral”, Valencia, Editorial Alfonso el Magnanimo, 1988.

española y la primera etapa del franquismo, cada vez nos interesa más la memoria individual que nos hace profundizar en detalles que nos ayudan a comprender mejor los hechos.

La mayor parte de la historiografía existente sobre la represión y el exilio de los republicanos españoles se ha centrado en el estudio de éste, desde el punto de vista de los líderes políticos o de los intelectuales que se vieron obligados a salir del país. Incidiendo en la perspectiva cultural – aportaciones de los intelectuales a los países de acogida- y en la historia política – la acción de los gobiernos republicanos en el exilio, el número de los que sufrieron las consecuencias de la guerra destacó por su cuantificación más que por su cualificación³. Esta represión que llevó a cabo el régimen franquista afectó a miles de españoles que no estaban implicados activamente en ningún bando.

En los últimos años la historia social está proporcionando una nueva perspectiva, en la que se da cabida a personajes anónimos que, sin duda, ayudará a completar lo realizado hasta ahora⁴. En este contexto, el objeto de este estudio es darle voz a los sujetos sociales represaliados que no fueron personajes destacados.

Basándonos en la memoria de los supervivientes que mantienen vivo su paso por los campos de concentración, las cárceles, la segregación familiar y el exilio, la mayor parte de las fuentes utilizadas para reconstruir esta historia de vida ha sido, fundamentalmente la historia oral, a partir de los testimonios de María García Torrecillas, a quien en el año 2007 se le ha concedido la medalla de Andalucía, y de personas cercanas a su entorno que han formado parte de su vida. Ya sabemos el carácter selectivo y limitado de la memoria, su frágil textura y manipulación por el paso del tiempo, por la acumulación de experiencias o por la imposibilidad de retener la totalidad de los acontecimientos.

³ La presencia de refugiados en México ha sido un tema tratado magistralmente por Dolores Pla Brugat en numerosos estudios. En ellos señala que no fue una emigración de intelectuales, sino más bien una emigración política básicamente familiar. PLA, D. “El exilio republicano en Hispanoamérica. Su historia e historiografía”, *Historia Social* nº 42, 2002, pp. 99-121. Amplia producción sobre el exilio mejicano es la que también presenta Alicia Alted Vigil. Véase por ejemplo, el Dossier sobre “De Memoria(s), Migraciones y Exilios”, nº 5, 2004; *La voz de los vencidos. El exilio republicano 1939*, Madrid, Aguilar, 2005.

⁴ CORDERO OLIVERO, I y LEMUS LÓPEZ, E. “A la sombra de los grandes nombres, el otro exilio”, en: Casas J.L. y Durán, F. (Coord.) III Congreso sobre el republicanismo: *Los Exilios en España (siglos XIX Y XX)*, Priego de Córdoba, 2005.

El preámbulo de la guerra: enero de 1936

María García Torrecillas nació en el seno de una familia rural, en el municipio almeriense de Albánchez, en el año 1916. Era la cuarta de los ocho hijos nacidos del matrimonio formado por Pedro y Ana. Ningún miembro de la familia García Torrecillas estaba vinculado a los partidos represaliados por el franquismo, pero sí tenían sus cimientos en una cultura social impregnada de valores republicanos basada en el afecto mutuo, la comunicación íntima, las relaciones de igualdad entre sus miembros y la libertad para elegir valores religiosos y políticos. En este contexto de educación social y de libre planteamiento sobre temas de interés, el matrimonio educó a sus hijos en un ambiente de libre pensamiento que el padre había adquirido en sus viajes de juventud, cuando su inquietud por conocer otras tierras y la búsqueda de una mejora económica, le llevó a viajar por Méjico, Brasil y Argentina. Cuando regresó a su pueblo, con los ahorros obtenidos, compró algunas tierras que unido al molino con el que se ganaban la vida, les sirvió para mejorar su nivel de vida.

La llegada de la República, y la apertura social que ésta trajo con ella, los deseos de aprender y prosperar económicamente llevaron a María y Carmen, la menor de las hermanas, a pensar en abandonar su pueblo y dirigirse a Barcelona. La reunión familiar preparatoria para la emigración interior de las jóvenes, tuvo lugar seis meses antes de la sublevación militar. Los argumentos razonados fueron: “vivir más desahogadamente, romper con la monotonía del pueblo y las duras tareas del campo y, estudiar algo más”. Los progenitores, comprendiendo la propuesta de mejora en la calidad de vida, apoyaron con naturalidad el planteamiento de emigración interior.

La emigración interior hacia los centros industriales no era nada nuevo en un municipio como Albánchez, donde muchos de sus habitantes ya habían salido desde finales de la dictadura primorriverista para buscar trabajo en Barcelona, agrupándose en el municipio catalán de Rubí, una zona industrial próxima a la capital. Almería siempre fue una provincia que destacó por el movimiento migratorio hacia Argelia y Cuba, desde 1898 hasta 1916. Más tarde, el paso se

centró en Argentina, etapa que comprende el periodo desde esta última fecha hasta 1939. Hubo una última fase migratoria hacia Barcelona, a partir de finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta⁵.

En enero de 1936, las hermanas García Torrecillas marcharon a este último municipio y se instalaron en el domicilio del mayor de sus hermanos: Guillermo, casado, con dos hijos menores. En esta fecha el flujo emigratorio de su pueblo natal había puesto diana en los jóvenes solteros de uno y otro sexo, abandonando hábitos de vida rural que se habían transmitido de generación en generación para adaptarse a la vida industrial. Desde el principio, el muro de la vida privada giraría en torno a una red de ayuda establecida por paisanos y familiares situados en Rubí, lo que hacía viable el progreso y la subsistencia de los nuevos allegados.

Al llegar a Cataluña encontraron una red de ayuda establecida por paisanos y familiares que las ayudaron a establecerse rápidamente y, en pocos días, a conseguir un trabajo en una fábrica de hilados. Sus paisanas y compañeras las enseñaron a manejar la maquinaria y las iniciaron en el conocimiento del idioma catalán. En estas fechas su hermano Juan, se estaba planteando el regreso a España reclamado para cumplir con el servicio militar.

Familia, Guerra Civil y relaciones de género

La dinámica de la guerra marcó el drama familiar, desencadenado por la separación y la muerte de Guillermo, a mediados de diciembre de 1937. Alistado como voluntario en el ejército republicano falleció en Tortosa, cuando el camión con el que llevaba al frente alimentos y material, fue bombardeado por la aviación fascista. El testimonio de María García, desde la fecha en que había comenzado la contienda-- entonces tenía 21 años--, hasta el momento de este trágico suceso, marca con dureza este acontecimiento de la vida familiar. La toma de decisiones que las mujeres llevaron a cabo en los momentos críticos, transformarían necesariamente el papel de éstas dentro y fuera del ámbito familiar:

⁵ COZAR VALERO, E., *La emigración exterior de Almería*, Granada, Universidad de Granada, 1984.

“Nuestra vida cambió en ese momento para la familia. Yo, por ser la mayor, tenía que ocuparme de mi cuñada y de sus hijos, quienes vivían paralizados por los continuos bombardeos. Por otra parte, mi hermana Carmen no se adaptó a aquella situación. Los bombardeos eran cada día más constantes y se vivía pendiente de las sirenas. En las noches nos turnábamos para dormir y no nos desvestíamos para poder salir a la calle inmediatamente (...) Hablé con mi hermana e Isabel y acordamos que lo mejor para todos era que regresaran a Albanchez. En el pueblo los familiares les ayudarían, aunque la comida empezaba a escasear ya que la Guardia Civil vigilaba cuando se recogía la cosecha y se llevaba la mayor parte a cambio de nada”⁶.

La decisión de reagruparse en el pueblo era garantía de alimentos y mejor terapia para combatir el terror del programa exterminador del bando rebelde. La lógica de articular nuevas formas de subsistencia hizo que muchos de los emigrados, se replegaran hacia sus respectivos lugares de origen.

En Albanchez, como en otros municipios de la provincia almeriense, la intimidación y barbarie que el “Estado campamental” de Franco había ordenado en los territorios ocupados como escarmiento rápido y ejemplarizante, estaban siendo amortiguados por la acción defensiva del bando republicano pero, según transcurría el conflicto bélico, el espíritu ciudadano de la primera etapa de la contienda dio paso a una desmoralización progresiva, conforme las noticias de otros frentes anunciaban las sucesivas derrotas de las fuerzas republicanas. A ello, ayudó sin duda el desabastecimiento de víveres y la ineficacia en los diversos frentes de la política municipal.

Con este panorama, los movimientos de los jóvenes del municipio de Albanchez en edades de reclutamiento era un continuo ir y venir. Los jóvenes solicitaban salvoconductos para salir en ayuda de familiares o bien para alistarse en el frente. Un testimonio excepcional sobre cómo se llevó a cabo este proceso, lo describe la única superviviente testigo directo y residente en el mismo domicilio de entonces, de la localidad de Albanchez:

⁶ María GARCÍA, entrevista en febrero de 2007.

“Roque le pidió a mi hermano Pepe que le firmara el aval [el salvoconducto] para irse a Barcelona. Entonces mi hermano era Juez y ocupaba el cargo de Secretario en el Juzgado y, aunque era de derechas, por el aprecio y la profunda amistad que le unía a Roque desde niños, le dijo que lo que él necesitara. Al día siguiente, le dio el informe positivo. Como Roque hubo muchos, muchos más a los que mi hermano firmó en aquellos años para que pudieran salir del pueblo”⁷.

El segundo de los hermanos de la familia García Torrecillas, Roque, sería el siguiente en trasladarse desde Albánchez a Rubí. Había cumplido la mayoría de edad y se alistó voluntario en el ejército republicano con destino al frente de Teruel, donde estuvo un año y medio hasta que finalizó la guerra. Por otra parte, su hermano Juan, quien había tenido serias dudas de abandonar Francia y venir a España para cumplir el servicio militar, se decidió a hacerlo finalmente y se incorporó a su destino en Cartagena. Al estallar la guerra se decantó por las filas republicanas al igual que habían hecho sus hermanos.

Tras la marcha de su hermana, cuñada y sobrinos a Albánchez, María se había quedado sola en Rubí. Allí seguía siendo amparada por vecinos de su pueblo que pasaron a ser su familia. Al poco tiempo se trasladó a Hospitalet, y comenzó a trabajar en una antigua fábrica de hilados que se había convertido en otra de material bélico republicano.

El matrimonio García Torrecillas continuaba viviendo en su pueblo, pero sólo 4 de sus 8 hijos permanecían allí. La dispersión familiar se había hecho patente obligada por las circunstancias de la contienda: uno de sus hijos había muerto en la guerra, otros dos se encontraban en los distintos frentes de levante y Aragón y, otra, en Barcelona.

En este contexto, Juan García Torrecillas, quien volvió desde Francia para cumplir lo que se entendía como una obligación de ciudadanía --el servicio militar-- fue otro de los que sufrieron con intensidad la represión militar. Su expediente, sin localizar, habría dejado huella de todas las secuelas de la represión que el franquismo dejaría tras de sí impidiendo más alusión

⁷ I. F. L., entrevista en julio de 2007.

pública que la que dejara Eduardo Pons Prades en su clásico trabajo sobre las guerrillas españolas⁸.

También las mujeres-- como se ha escrito en la historiografía feminista-- se integraron en opciones vinculadas a la coalición republicana (España republicana) para neutralizar el frente fascista. Todo ello, formaba parte de las “cotidianas experiencia de género”⁹. La vida de María García en Barcelona transcurría entre el domicilio de los paisanos que la habían acogido y la fábrica, donde su trabajo se igualaba al de sus compañeros varones:

“Allí conocí lo que era un torno y nos enseñaron a manejarlo. Al principio, no fue fácil porque la bomba en bruto pesaba mucho para mí, pero acostumbrada a las labores del campo, eso sí, tenía más fuerza que la mayoría de mis compañeras quienes me pedían ayuda, lo que hacía con mucho gusto. Nosotras nos esforzábamos en aprender y que en nuestro trabajo saliera todo bien. Al principio, los hombres no nos veían con buenos ojos, pero al poco tiempo comprendieron que aquello era provisional por la falta de mano de obra que estaba en el frente... Cuando recuerdo esa etapa de mi vida no me explico cómo pude hacer esos trabajos...”¹⁰.

Se sentía totalmente integrada en Rubí donde la ayuda mutua funcionaba como una red de solidaridad. Todos se ayudaban y se protegían y ella como gesto de gratitud aportaba su tarjeta de racionamiento y lo que le daban como donante de sangre, lo que suponía alimentos básicos para el sustento de los cuatro hijos de este matrimonio con el que convivía. A este recuerdo le acompaña el intenso sonido de las sirenas y de una estampida humana a los refugios, las masacres de un colegio cercano a la fábrica donde una bomba mató a todos los niños y maestros y otras que el ejército fascista tiró en la entrada del metro y en la puerta de grandes almacenes, son recuerdos que se grabaron para siempre en su memoria.

“Una carnicería llena de dolor y horror para cientos de familias. Ya no se dormía tranquilo porque toda la noche se estaba pendiente de las sirenas y los disparos de los

⁸ PONS PRADES, E., *Guerrillas españolas 1936-1960*, Barcelona, Planeta, 1937.

⁹ NASH, M., *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid, Grupo Santillana Ediciones, 1999; Véase el monográfico dedicado a las mujeres republicanas de M^a Dolores RAMOS (Coord.) “República y republicanas en España”, *Ayer*, n^o 60 (4), 2005.

¹⁰ María GARCÍA, entrevista en febrero de 2007.

fusilamientos que se oían por todas partes, en las calles o en el campo. Cuando abrías la puerta de la casa no sabías lo que te ibas a encontrar. Siempre preguntabas a los vecinos a los que conocía, de lo contrario nada, muchas personas murieron por las denuncias de los vecinos a los que acusaron de ser enemigos del régimen”¹¹.

Es obvio que a la lógica intensidad con que se vivían los acontecimientos marcados por la Guerra, cabe añadir la dinámica que marca la historia de la vida cotidiana, presente tanto en las ciudades como en el mundo rural. A pesar de las dificultades que entrañaba la guerra, se entablaron relaciones amorosas, la gente transitaba y aprendía nuevos oficios, se adaptaban a otros lugares y se estrechaban lazos de camaradería y amistad reforzando la red de ayuda, pues de ello dependía la supervivencia de unos y otros.

Por más que no se acostumbraba a la triste experiencia de la guerra, María García seguía con su trabajo y en las horas libres acudió a una de las numerosas enfermerías que se crearon durante la contienda, experiencia que le ayudaría a sobrevivir después. Las jóvenes acudían en masa a ayudar a los heridos en las enfermerías improvisadas en escuelas, balnearios, conventos, trenes, asilos u hogares infantiles. Daba igual el sitio con tal de atender a la gente que caía todos los días víctimas de los bombardeos enemigos en el metro o en la puerta de los almacenes.

Realizó una instrucción práctica que, a modo de cursillos, se llevaba a cabo en las distintas sedes de Juventudes Socialistas, Solidaridad Internacional Antifascista, Socorro Rojo Internacional y Confederación Nacional de Trabajadores. A ella y a otras muchas les enseñaron el abecedario de la técnica sanitaria. No había tiempo para más, pero con estas básicas nociones, las mujeres solteras en su mayoría, aunque también había casadas, constituyeron la base de la pirámide que sustentó la atención sanitaria durante la contienda. A cambio de participar de forma voluntaria recibían alimentos tan necesarios para sus familias. Sin ser enfermeras profesionales hicieron de todo: trasladaban, curaban y aseaban a los heridos, administraban medicación, esterilizaban instrumentos, anestesiaban y hablaban con los más tristes,

¹¹ *Ibidem*.

deprimidos, con los que no querían comer, a los que el trauma de la guerra dejaba “con los ojos fijos”.

Tanto las autoridades de uno y otro bando como las entidades pacifistas internacionales recurrieron a las características asignadas a las mujeres, atribuyéndoles “un mayor instinto” para el cuidado, argumentando en la propaganda bélica a favor del papel de éstas. Pero la historiografía sobre la significación de las mujeres en la guerra deja constancia de que las republicanas mantuvieron posturas pacifistas, al defender la paz no solo por su tradicional papel como cuidadoras, sino también como agentes individuales con un papel político activo. Las mujeres tenían experiencia de formación de redes en contra de la guerra desde la contienda de Marruecos, como por ejemplo la liga fundada en 1918 por la feminista y periodista Carmen de Burgos, creadora en España del primer grupo asociativo femenino de estas características. A principio de 1930 se habían fundado otros grupos como la Asociación Nacional de Mujeres, la Asociación Universitaria Femenina o la Liga Femenina por la Paz que tenían frecuentes contactos con organizaciones internacionales y entre sus objetivos el de contrarrestar los efectos de las guerras y actuar a favor de la paz. Formaban parte de ellas intelectuales del momento como la ex-diputada Clara Campoamor, la periodista socialista Isabel Oyarzábal, la escritora y ex-diputada socialista por Granada María Lejárraga o María Zambrano, militante de Acción Republicana quien colaboró muy activamente en el Consejo Nacional de Infancia Evacuada¹².

Tanto las líderes que estuvieron vinculadas al socialismo, republicanismo, feminismo y/o pacifismo como las de clase trabajadora que se incorporaron a la lucha antifascista sin ser dirigentes ni pertenecer a partidos políticos, adoptan en la Guerra Civil dos rasgos esenciales, comunes a todas ellas: la posición ideológica a favor de un gobierno al que consideraban legítimo y democrático, y la identificación con un proyecto cada vez más desdibujado cuya pretensión primera era romper con estereotipos femeninos que se alejaban de la igualdad social.

Fuera cual fuera la militancia política y la intención personal que había polarizado a hombres y mujeres a posicionarse en el bando republicano se fueron dando cuenta, por la

¹² MORENO SECO, M., “Republicanas y República en la guerra civil: encuentros y desencuentros”, *Ayer*, nº 60, vol. 4, 2005, pp. 165-195; TAVERA, S., “La memoria de las vencidas”, *Ayer*, nº 60, vol. 4, 2005, pp. 197-224.

trayectoria de las ofensivas, de la incapacidad de una población y un ejército improvisado carente de recursos ante un ejército disciplinado, feroz y resistente que fue avanzando paulatinamente.

Como es conocido, octubre de 1938 es la fecha que marca la desmoralización y el repliegue del bando republicano, tras la finalización de la batalla del Ebro. El país se hundía entre el escenario bélico y los enfrentamientos de las distintas fuerzas de la izquierda republicana, lo que facilitó a todas luces la culminación de la instalación franquista en casi toda España.

La retirada

El 26 de enero de 1939 el ejército golpista entró en Barcelona. A partir de este momento son muchas las personas que huyeron hacia el norte, replegándose de una represión anunciada, buscando la frontera del país vecino: Francia, pues la caída del resto de Cataluña era cuestión de días. A partir de entonces se interrumpieron las comunicaciones de esta región con el resto de España y la familia García Torrecillas quedó definitivamente separada al no recibir noticias unos de los otros.

María García huyó con algunas de sus compañeros de trabajo, casi todos sus paisanos con los que había compartido el período de la Guerra en Cataluña habían decidido volver a Albanchez, amigas a las que no volvería a ver nunca más.

En Albanchez, el fin de la guerra se sitúa en los primeros días de marzo de 1939, cuando el ejército rebelde llegó a la localidad y nombra la nueva Comisión Gestora franquista. Todos los escondidos salieron por fin a la calle, entre ellos los dos sacerdotes que habían permanecido allí durante toda la guerra. Al igual que ocurriría en el resto de la España franquista, desde los primeros días se sucedieron numerosas detenciones y registros en las casas de todos aquellos que habían apoyado al régimen republicano. Los detenidos fueron llevados al cuartel de la Guardia Civil de la localidad, donde fueron interrogados y torturados. De los trasladados a la prisión del Ingenio en Almería, 21 pasaron por los tribunales militares, recibiendo distintas

condenas. Oficialmente, sólo uno de estos fue condenado a la pena de muerte¹³ y ejecutado el 26 de junio de 1939 en las tapias del cementerio de la capital¹⁴. Pero muchos más fueron incoados por el Tribunal de Responsabilidades Políticas, hasta un total de 64. Todos ellos sufrieron la persecución de las autoridades y la pérdida de sus bienes. Muchas mujeres fueron “peladas” y obligadas a barrer las calles con la prohibición de cubrir su cabeza con objeto de que sintieran vergüenza y se arrepintieran de su “mal comportamiento”.

La foto del comienzo de la fascistización rural también incluye a las cuatro o cinco familias ricas del pueblo que abusaron sin límite de los trabajadores y jamás repartieron ni un ápice de sus riquezas. Esta fue una realidad que quedó bien registrada en la retina de una de las entrevistadas, quien todavía recuerda cómo algunos de estos arrojaban el fruto de una granada desde su balcón, para ver cómo los que venían a su puerta a pedir algo para comer, se agachaban y se comían con avidez los granos desperdigados por el suelo de toda la plaza¹⁵.

La situación de la familia de María no era muy diferente de la de otras muchas españolas que habían decidido luchar al lado de la república. Era una familia dividida. Sus padres que permanecían en el pueblo junto a algunos de sus hijos dejaron de recibir noticias de estos debido al desorden provocado en los últimos días de la contienda.

A medida que las tropas franquistas se iban aproximando, María decidió huir hacia Francia junto a algunos de sus compañeros de trabajo con los que salió de Hospitalet. Sus hermanos corrieron diferentes suertes: Roque pudo volver a casa pero Juan fue detenido tras la caída del frente de Levante y condenado a pena de muerte, aunque esta sentencia se conmutó por cadena perpetua. A pesar de la situación familiar, los padres de María García, aunque fueron molestados por la guardia civil franquista, no fueron denunciados por ninguno de sus vecinos y nunca fueron juzgados.

Tras el fin de la guerra comenzó el éxodo de los republicanos españoles, una huida sin precedentes en la historia de España. Alrededor de medio millón de personas salieron a través de

¹³ Se trata de José López Linares, dirigente de la CNT de Albanchez. Véase a RODRIGUEZ PADILLA, E. *La represión franquista en Almería, 1939-1945*, Mojácar (Almería), Arráez Editores, 2005, p.237.

¹⁴ Registro civil de Almería, libro 14 – distrito San Sebastián.

¹⁵ I. F. L., entrevista en julio de 2007.

las fronteras catalanas huyendo de la masacre. Las carreteras y caminos que conducían a Francia estaban llenas de gente, siendo testigos mudos de un drama colectivo. El panorama era desolador. Aquel invierno especialmente crudo, al que se unía la falta de comida, y los bombardeos, provocó que cientos de personas quedaran en el camino:

“A finales de enero del 39 ya no fuimos al trabajo. Salí a la calle y me esperaban los compañeros para salir de la ciudad y ver hasta dónde llegábamos. Cogí una muda, la puse en una bolsa y con lo puesto nos echamos a caminar y caminar carretera adelante. No sé cuántos kilómetros hay desde Barcelona hasta Gerona donde dormimos al raso con los aviones bombardeándonos todo el tiempo. A cuántos compañeros y amigos dejamos en el camino..Cuando morían, como no se les podía dar sepultura los acomodábamos en las cunetas y con mucho dolor ahí los dejábamos, hijos a sus padres y padres a sus hijos. (...) A la llegada a Gerona lo primero que hicimos fue buscar a un oculista para que me quitara una “rebaba” que se me había metido en el ojo desde la salida de Barcelona y me tuvo todo el camino llorando de dolor. Cuando le preguntamos cuánto le debíamos me abrazó diciéndome que era de los nuestros. Era un hombre mayor que nos deseó mucha suerte y que llegáramos bien a Francia”¹⁶.

Una inmensa columna humana comenzó a presionar la frontera francesa. El día 27 de enero se permitió el paso a la población civil y a los heridos. Durante las tres semanas siguientes se calcula que pasaron a través del Pirineo catalán en torno a 465.000 exiliados¹⁷. María y tres de sus compañeras con las que inició el camino desde Barcelona estaban entre ellos. Ya cerca de la frontera, en Puig-Cerdá, entre la multitud desorientada se reencontraron familiares, amigos y parejas. Una de las dos compañeras que caminaban con María encontró a unos familiares y se fue con ellos. María se encontró a su vez con su novio, Teófilo Sáez, un guardia de asalto oriundo de Toledo al que conoció en Hospitalet cuyo contacto había perdido tras los bombardeos de las últimas semanas. A partir de entonces caminaron juntos durante tres días

¹⁶ GARCÍA TORRECILLAS, M., *Mi exilio*, libro de notas de la propia autora.

¹⁷ Cifras aportadas en los fondos documentales expuestos en la Exposición sobre *La Maternitat D'Elna, bressol de l'exili 1939-1944*, Palau Robert, Barcelona diciembre de 2005.

más las parejas formadas por María y Teófilo y su amiga María Gil y su novio. En la primera semana de febrero de 1939 llegaron por fin a la línea fronteriza.

“Esto es Francia, sigan a los gendarmes”

El momento de la llegada a la frontera quedará marcado para siempre en la memoria de los exiliados. Todos recuerdan la decisión desesperada de pasar al otro lado, las palabras que les anunciaron su llegada al territorio francés y la imagen de los primeros pueblos por donde pasaron:

“Recuerdo que cuando pasábamos algún pueblo la gente de allí corría a refugiarse en sus casas. Luego supimos que el motivo de ello es que nos habían hecho muy mala propaganda”.

“Esto es Francia, sigan a los gendarmes” fue la primera frase que los refugiados escucharon tras el paso fronterizo. La incertidumbre de no saber con qué se encontrarían tenía a todos desconcertados hasta que les dirigieron hacia una playa rodeada de alambre espinoso.

La alambrada de espinas de los campos de refugiados y los gendarmes que gritaban: “Allez, allez” es otro recuerdo imborrable para los exiliados del momento de llegada. El campo al que fueron conducidos María y sus compañeros fue el situado en las playas de Argelés. La mayoría de los que llegaron allí no entendían a los gendarmes y la columna se desorganizó, avanzando unos adelante mientras otros se quedaban algunos pasos más atrás, como si su cerebro le anticipara de que el fin de la guerra no era el fin de la miseria y el sufrimiento.

La tramontana recrudeció de forma inmisericorde aquel invierno, ralentizando la entrada de todos los refugiados que --según recuerda María-- andaban lentos, sin fuerzas por la arena, cogidos de la mano a modo de cadena humana para que el viento no los arrojara contra la alambrada. Los primeros meses fueron los peores del exilio. El agua no era potable y no había vasijas para almacenarla. Tenían que buscar algún recipiente que traían las olas de la playa o de los que estaban perdidos por la arena. Latas vacías o botellas que allí mismo limpiaban, entonces esperaban la llegada de algún camión que les proveyera de agua. La comida, cuando se repartía, era a base de pan y bacalao seco, lo que aumentaba la sed. El baño se realizaba con el

agua helada de la playa, sin jabón. No existía ningún lugar para evacuar las aguas sucias y los residuos corporales, los cuales se hacían donde se podía.

Aquel campo carecía de todo, incluso de un lugar techado donde guarecerse. La falta de higiene, la humedad, la escasez de alimentos y el hacinamiento humano pronto comenzaron a pasar factura. Los piojos y otros parásitos encontraron en los cuerpos de los refugiados un lugar donde desarrollar todo tipo de enfermedades:

“Aquello era un foco de infección tremendo. Las personas mayores empezaron a tener problemas de salud. Los gendarmes no se querían dar por enterados y, aunque teníamos buenos médicos entre nosotros, no tenían las medicinas necesarias para atacar esas infecciones; así que, con mucho dolor, lo único que podían hacer era dejarlos morir. Cuando esto sucedía los enterrábamos en la arena y otros se iban al mar. El familiar que se quedaba, no lo podía superar por mucho tiempo”¹⁸.

Entre la miseria y la desolación, con ese sentimiento de derrota que les acompañaba, se fueron tejiendo nuevas redes de ayuda. Era una forma de encontrar protección e intentar huir del miedo y la impotencia que les producía encontrarse en aquella situación. María y sus amigos hicieron un pacto, jurando que siempre permanecerían juntos. Los refugiados que llegaron aislados se fueron reagrupando formando nuevas familias. Así, los cuatro amigos pactaron que siempre permanecerían juntos como fórmula para estar más protegidos. Pero el miedo y la impotencia se fueron apoderando cada vez más de los refugiados.

La oleada humana que suponía la llegada de refugiados españoles desbordó a las autoridades francesas que tomaron medidas de control férreo sobre estos. Pronto, el campo de Argelés pasó a parecer un campo de concentración más que de refugiados. Los gendarmes montados a caballo vigilaban alrededor de la alambrada para evitar que nadie pudiera salir. Muchos fueron los que intentaron escapar en vano. Aquellos que lo hicieron fueron pisoteados por los hombres a caballo y los cuerpos quedaron a merced de los que se atrevían a ir a recogerlos.

¹⁸ GARCÍA TORRECILLAS, M., *Mi exilio*. Notas de la autora, 2005.

Fuentes citadas de los fondos documentales para la recuperación de la memoria histórica de Cataluña, indican que, en febrero de 1939, el campo de Argelers había concentrado a más de 80.000 personas, viviendo en las condiciones señaladas anteriormente. En el verano de aquel año, los exiliados mostraron su descontento. El mal trato recibido por parte de los gendarmes y las condiciones infrahumanas de supervivencia a la que estaban sometidos, se acentuaron con la llegada del calor. La respuesta de las autoridades del campo fue instalar una barraca de madera con dos regaderas para que los hombres y mujeres allí hacinadas pudieran ducharse de forma separada. Pero las protestas no cesaban y, las autoridades, temiendo que se produjera un motín entre los refugiados, decidieron trasladar a algunos de ellos a un campo cercano: era el campo de Sant Cebrián.

Las condiciones de vida mejoraron sensiblemente. Al menos en este nuevo campo había unos barracones con paredes llenas de agujeros y un fino techo de láminas, aunque sin suelo. Pero por lo menos podían protegerse del frío que tan ingratos recuerdos grabó para siempre en sus memorias. Se instalaron letrinas, lavaderos y la comida mejoró hasta el punto de que los gendarmes de aquel campo y los refugiados comían lo mismo. Esta mejora se notó en el aspecto físico y emocional, sobre todo cuando comenzaron a tener los primeros contactos con franceses que no eran gendarmes, sino la gente del pueblo que poco a poco se fue acercando a las alambradas desmitificando la falsa idea transmitida por los fascistas de que, de España, se iba lo peor. Los franceses pronto se dieron cuenta de que los refugiados eran gente masacrada, sufriendo y apenada que no podía regresar a España porque serían fusilados por un régimen feroz. Comenzaron a comunicarse entre ellos intercambiando palabras en uno y otro idioma. Lograron entenderse. Por los agujeros de las alambradas, los civiles les pasaban comida y alguna otra cosa de primera necesidad como jabón para lavarse. En este campo los refugiados se distribuyeron por sexos: los hombres solos, iban a un lado; las mujeres y niños, a otro, mientras los matrimonios permanecían juntos en un tercer barracón. Así María pudo compartir esos meses con su compañero Teófilo, y allí conocieron a otras parejas con las que llegaron a fraguar una gran amistad.

Al cumplirse un año de exilio, las organizaciones internacionales se dieron cuenta del terrible drama que se vivía en los campos de refugiados y comenzaron a interesarse por el estado del barracón de mujeres. La ayuda de las organizaciones humanitarias llegó en forma de ropa y alimentos los cuales eran interceptados por los propios guardias del campo, así como los alimentos que enviaban las gentes del pueblo cercano.

En previsión de motines y nuevas protestas, los gendarmes decidieron separar a los refugiados que eran amigos y familiares. Las nuevas familias configuradas en el exilio se segregaron de nuevo, disponiendo que las parejas y matrimonios permanecieran juntos en un solo campo. A los hombres que quedaron solos y mujeres viudas con niños los situaron en dos campos diferentes que quedaban separados del barracón de los matrimonios por una rambla. Todos se veían impotentes ante esta decisión, pero no pudieron hacer nada. Tan sólo saludarse a base de gritos y cruzar impresiones cada día los de uno y otro lado.

Esta forma de vida articulaba todos los pilares de la vida cotidiana.

Ya había pasado un año desde que salieron de España y la comunicación por carta con los que se habían quedado, se reanudó gracias a la actuación de los organismos internacionales. A través de la correspondencia que recibían conocieron la verdadera situación del país. María recibió una carta de sus padres. A través de ella supo que su hermana Carmen había vuelto a trabajar a Barcelona y que Juan había pagado caro el haberse alistado en el ejército republicano, pues al terminar la guerra lo detuvieron en Alcantarilla (Murcia) donde pasó cuatro años en la cárcel. De aquí marchó a Bobadilla, donde lo vuelven a detener por su supuesta vinculación a la CNT. Más tarde, lo trasladaron a la prisión de Jaén y, tras un juicio militar, fue condenado a pena de muerte. Comenzó para él un periplo que duró 22 años por diversas cárceles españolas. Fue uno de los que trabajó en la construcción del Valle de los Caídos, pero al menos no llegó a cumplirse la pena capital que le había sido impuesta, gracias al cura del municipio de Bobadilla quien intercedió ante un alto cargo del gobierno franquista para que le conmutasen la pena¹⁹.

La guardia civil registraba frecuentemente la casa de Albanchez en busca de María. Con este panorama no es de extrañar que las cartas desaconsejaran su regreso. La dinámica en los

¹⁹ Entrevista a M^a Carmen García, hija de Juan García Torrecillas, agosto de 2007.

campos de refugiados se recrudeció. Teófilo, el compañero de María y otros cuantos sospechosos de encabezar las protestas de mejora de los barracones, fueron trasladados al campo de varones acusados de comunistas. María estaba embarazada, por lo que a los pocos días de la separación la obligaron a abandonar el campo de matrimonios y trasladarse al campo de mujeres.

El barracón de mujeres y niños del campo de Sant Cebriá

“El 30 de diciembre de 1939 volvieron los policías para llevarnos al campo de mujeres a mí y a otras que habían corrido la misma suerte. Así que cogí los cuatro trapos que tenía y con los gendarmes delante y atrás nos pusimos a caminar como si fuéramos ganado. Si me quedaba un poco atrás, porque no podía ir deprisa, me pegaban con la culata del fusil gritándome ¡allez, allez! Si te caías no te ayudaban. Venía una compañera en tu ayuda porque sabían que si no te levantabas te cosían a golpes. No sé cuánto tardamos en llegar, estaba cerca un campo de otro, pero a nosotras se nos hizo una eternidad. En el grupo de mujeres venía una señora con sus dos hijos que lloraban de sed y de hambre. Paca, así se llamaba, trataba de calmarlos pero no fue fácil ya que los niños no comprendían lo que pasaba.

Por fin llegamos a nuestra nueva casa la que no tenía comparación con lo que habíamos dejado en el campo familiar. Recuerdo que Paca con los niños y yo con mi embarazo de seis meses nos sentamos en la puerta y lloramos un buen rato (...)”²⁰.

La perspectiva de género ayuda a tener una visión más amplia del análisis historiográfico hasta ahora realizado del exilio en Francia. Las mujeres refugiadas acusaron especialmente el hambre y la desatención social. Si la ración era de por sí, escasa para todos, las mujeres del barracón femenino estuvieron más marginadas que el resto de los refugiados. La mayoría eran madres con dos o tres niños de distintas edades que lloraban día y noche por falta de alimento y de salud. Ante esta situación, el resto de mujeres no dudaron en repartir su ración entre los

²⁰ *Ibidem*.

niños. La tristeza y el hambre dejaron huellas en los rostros femeninos cada vez más profundas. La mortalidad materno-infantil era elevadísima. Las madres no veían otra alternativa que enterrar por las noches a sus hijos en la arena de la barraca para aislarlos del frío, desenterrándolos cada mañana. Cuando los niños paraban de llorar ya era demasiado tarde, significaba que habían fallecido. Las que llegaron embarazadas a los campos de refugiados corrieron todo tipo de suerte, igual que las que quedaron embarazadas durante el exilio. Al llegar el momento próximo al parto las trasladaron a unos establos cercanos donde daban a luz entre la paja²¹. Por otra parte, los embarazos no deseados era lo que debió abundar en las relaciones de pareja, pues nadie en aquellas condiciones sin ningún atisbo de futuro podría pensar en un final feliz.

Uno de los miedos frecuentes de las mujeres refugiadas era ser desprovistas de la red de ayuda que bien provenía de la pareja o de otros miembros femeninos con las que se habrían establecido relaciones de ayuda mutua. El pánico se apoderaba de ellas cuando los gendarmes las separaban de sus hijos o parejas, cosa a la que no encontraban ninguna explicación pero que, con frecuencia, ocurría. Las organizaciones internacionales actuaban como observatorio. Los gendarmes recibieron órdenes de separar a aquellos sospechosos de organizar motines dentro de los campos, en prevención de nuevas protestas. El control se hacía patente cuanto mayor era el miedo que las autoridades francesas mostraban ante un probable amotinamiento de los refugiados, tal y como lo demuestra el hecho de que las parejas fueron sistemáticamente separadas.

El trato que recibieron las gestantes de Sant Cebrián por parte de las autoridades francesas fue un comportamiento autoritario e inhumano como el practicado en otras partes de Europa. Al fin y al cabo, la ideología fascista no fue exterminadora por el lugar ni el origen de quien la practicaba, sino por ser fascista.

El éxodo de la población femenina entre finales de enero y abril de 1939 fue mayor de lo que en principio cabría imaginar. Las condiciones del campo de mujeres eran desoladoras. El

²¹ *Ibidem*.

hacinamiento estaba por encima del que existía en el barracón familiar o en el de varones. Al llegar la noche, las mujeres y niños no cabían en posición horizontal teniendo que dormir recostadas una sobre otras o apoyadas en las paredes del barracón. Cuando alguien necesitaba salir para ir a las letrinas iba sorteando los cuerpos de sus compañeras y de los niños, que se amontonaban en el suelo.

A finales de 1939 la situación era insostenible. Las imágenes captadas por un reportero quedaron grabadas para la historia. Muestran los terribles efectos del hambre y el abandono de los habitantes de aquel campo. Niños famélicos de vientres abombados, descalzos y desnudos caminando por el recinto llegaron a alcanzar una cifra de mortalidad del 95'7%²².

La penosa situación de las mujeres y niños de aquel campo fue calando entre la población autóctona. Algunas mujeres del municipio de Sant Cebrián visitaban cada día a las refugiadas, se acercaban a la alambrada, les pasaban chocolate, galletas, frutas, ropa y otros alimentos. María García ya estaba en su séptimo mes de embarazo y, la desnutrición apenas la dejaba mantenerse en pié. El impacto que le produjo el trasladado al barracón de mujeres dejó sentir en ella un profundo cuadro depresivo. Aún permanece vivo en su recuerdo la ayuda de una mujer que a diario le acercaba a la alambrada un tomate, pan y fruta gracias a la cual pudo subsistir.

La Asociación de Ayuda Suiza a los niños víctimas de la guerra. La maternidad de Elna.

Por suerte para los niños, la organización denominada *Asociación de ayuda suiza a los niños víctimas de la guerra* envió a varias personas a inspeccionar el barracón de mujeres, para ver en que situación se encontraba el sector materno-infantil. Al día siguiente de la inspección, una enfermera suiza se encargó de repartir desayuno diario a los menores. El espectáculo descrito en las notas de María García es dantesco: “los niños de mayor edad gritaban a sus madres sorprendidos por lo que aquella enfermera les ponía para desayunar. Las mujeres,

²² MONTELLÁ, A. *La Maternidad de Elna. Cuna de los exiliados*, Barcelona, Editorial Ara Llibres, 2006.

situadas detrás de los niños que rodeaban la mesa, lloraban sin dar crédito ante lo que estaban presenciando mientras los guardianes observaban desconcertados”.

Efectivos de esta organización instalados en aquel campo observaron con estupor la situación infantil y gestionaron proveer una mayor ayuda. Las autoridades francesas quisieron hacerse con la administración de esa ayuda concedida por el gobierno suizo, pero estas organizaciones se negaron a ello, por lo que tuvieron que salvar grandes impedimentos para realizar su labor. A principios de 1940 la ayuda infantil se reforzó proveyendo, además de los desayunos, comidas por las tardes.

La dirección de este proyecto humanitario que acogía a todos los campos de refugiados establecidos en suelo francés corrió a cargo de Elisabeth Eidenbenz²³, una maestra suiza que, desde septiembre de 1936, formaba parte de los movimientos de ayuda internacional que observaban con inquietud la intensa destrucción que vivía la población civil desde la contienda madrileña. Como activista de estos movimientos actuó en Valencia durante la guerra junto a otras asociaciones suizas que se crearon para este fin: la Obra Suiza de Ayuda Obrera, la Central Sanitaria Suiza, el Colectivo Asociativo de Médicos y Enfermeras, etc. todos estos colectivos se unieron en 1937 formando el movimiento denominado *Ayuda Suiza a los Niños de España* conocida entonces como “El socorro de los niños”²⁴.

Al finalizar la contienda acabó la ayuda internacional de los efectivos suizos y los cuáqueros ingleses que el gobierno republicano aceptó, trasladando su preocupación por los niños de los campos de refugiados. Entonces buscaron entre sus colaboradores, a alguien que dominara el idioma español. “La señorita Isabel”, como la llamarían las mujeres y niños españoles, fue designada para coordinar el proyecto en Francia de ayuda a las madres y niños víctimas del exilio.

²³ El proyecto de Elisabeth Eidenbenz descubierto por Assumpta MONTELLÁ se explicó por primera vez en “La nostra llista de Schindler”, *Sàpiens*, nº 33, julio 2005, pp. 22-29. Gracias a la amistad que nos une, pudimos seguir la pista de María García, contactar directamente con E. Eidenbenz y con Nicolás García, hijo de uno de los niños nacidos en Elne y alcalde en 2005 de esta localidad.

²⁴ Elisabeth EIDENBENZ, entrevista telefónica en agosto de 2005.

En 1939 esta maestra impulsó la creación de una maternidad en la localidad de Elna, a fin de asistir a las numerosas mujeres embarazadas recluidas en los campos franceses situados en Argelers, Ribesaltes, Sant Cebrián y Bacarés. Para materializar este proyecto, el pequeño núcleo de mujeres formado por Eidenbenz y tres enfermeras de la citada organización gestionaron los recursos económicos para la remodelación y adecuación como clínica de maternidad de un antiguo palacete semiderruido, situado cerca del campo de Argelés.

Hicieron falta numerosos esfuerzos para compensar la pasividad de la ayuda social francesa hacia las refugiadas. En diciembre de este mismo año se instaló, junto al barracón de mujeres de Sant Cebrián, un pabellón de enfermería para atender las necesidades más urgentes de la población materno-infantil, en tanto se acababan las obras de la Maternidad. Dicho pabellón quedó bajo el protectorado suizo, donde la acción de la gendarmería francesa no pudo neutralizar la ayuda exterior. Allí fue donde María tuvo la fortuna de conocer a Elizabeth, la persona que le ayudaría a cambiar su destino:

“Ya estaba en el octavo mes de embarazo cuando se acercó a mí una señorita de origen suizo quien, en perfecto español, me dijo que me iba a llevar con ella a una maternidad donde nacería mi hijo, pero primero, quedaría unos días en un pabellón que acababan de inaugurar donde sólo había dos personas: el doctor Nello y su esposa, Encarna, que también estaba embarazada. El doctor se encargaría de atendernos a las dos antes de trasladarnos a la maternidad. Nos hicimos buenos amigos (...). Ya no comíamos el rancho. Además de que nos daban de casi todos los alimentos, nos daban cosas que yo no había probado nunca. Ya dormía en una cama con sábanas y me podía lavar con abundante agua y jabón. No nos lo podíamos creer”²⁵.

El proyecto de la Maternidad de Elna, ampliamente descrito por Assumpta Montellá²⁶ fue un espacio que formó parte de las redes de ayuda que conecta las memorias de los supervivientes, reforzadas por la eficaz actuación de aquel núcleo de mujeres integrado por Eidenbenz como Directora, dos enfermeras puericultoras y una comadrona. Las integrantes de

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ MONTELLÁ, A. *La Maternidad de Elna...*, op. cit.

este grupo trabajaron incansablemente para proporcionar una salida digna a la “cuestión española”. El 29 de diciembre de 1939, Eidenbenz invitó a un compañero periodista a que fotografiara el estado lamentable de las mujeres embarazadas a punto de parir entre la paja de los establos. Cuando pidió el permiso para abrir la maternidad, aquellas fotos intimidaron al prefecto de los campos de refugiados. Europa no podía saber cómo trataba Francia a los refugiados españoles. Al día siguiente, tenía la autorización para abrir la Maternidad de Elne²⁷.

En marzo de 1940 María García fue asistida en esta Maternidad. Su hijo, Felipe Sáez, fue uno de los 597 niños nacidos entre diciembre de 1939 y finales de 1944, periodo en que el establecimiento permaneció operativo, antes de ser clausurado por los nazis. Llevaba allí algún tiempo y su espíritu inquieto le llevó a querer colaborar en los trabajos diarios de la maternidad. Se ofrecía siempre para trabajar en la cocina. Aquí conoció a Encarna, una mujer catalana esposa del doctor Nello, un médico refugiado que las atendía en la enfermería del campo de Sant Cebrián.

Lo prescrito era que, después de dos o tres semanas de haber dado a luz, las madres regresaban a los campos junto a sus hijos recién nacidos para dejar espacio a otras en la Maternidad. En cambio, algunas mujeres encontraron trabajo y cobijo bajo el paraguas de esta organización y no tuvieron que volver nunca más a esos horribles lugares.

La directora de la maternidad ofreció a Encarna quedarse a cuidar a los niños recién nacidos, dados los conocimientos de puericultura que ésta tenía. Ella al principio aceptó, pero pronto su marido vino a buscarla para volver a España, por lo que el puesto quedó vacante, así que le fue ofrecido a María quien no dudó en aceptarlo.

La Maternidad de Elne fue un laboratorio de humanidad. La consigna era respetar el precepto de la pluralidad de ideas y religiones. La colaboración incondicional que María prestó en esta institución durante las semanas anteriores y posteriores al parto fue crucial. Su disponibilidad y facilidad de aprendizaje fueron, entre otros, factores favorables para su permanencia en este centro. En este sentido, María García fue una de las afortunadas a las que

²⁷ Otra de las fuentes para nuestro estudio han sido algunas fotos del archivo privado de Eidenbenz en el que existen más de ochocientas fotografías tomadas en los campos de refugiados españoles y del archivo de la familia García Torrecillas.

E. Eidenbenz, y el resto de las responsables del Centro, dieron la oportunidad de trabajar y poder permanecer con su hijo en el establecimiento. Los conocimientos básicos de enfermería adquiridos durante la guerra como voluntaria del Socorro Rojo fue un factor determinante a la hora de suplir a una de las enfermeras suizas quien regresó a la central de Zurich. También favoreció su permanencia el hecho de que María tuviera unos estudios primarios. La matrona y enfermeras suizas le solicitaron que les enseñase español para poder entenderse con las ingresadas. Fue aquel espacio de sociabilidad lo que, en definitiva, permitió un intercambio de ideas, ayuda y enseñanza mutua donde, a cambio de las clases de español recibió lecciones de enfermera puericultora:

“Desde el momento que entré como responsable de la cuna y, por tanto, de los niños, mi vida cambió totalmente. La comadrona Marie fue mi profesora incansable. A ella le debo todo lo que sé como enfermera puericultora. Ya hablaba un poco de español y no sé dónde consiguió un libro de medicina en español. Me daba una hora de clases todos los días debajo de un árbol. Sentadas en el suelo recuerdo que me hacía repetir y repetir hasta que estaba segura de que lo había aprendido bien, eso era todos los días dejándome tarea para el día siguiente”²⁸.

La oportunidad de poder permanecer en este establecimiento cambió la suerte de esta refugiada. No le resultó difícil identificarse con el ideario de aquella asociación, al llevar implícito en su cultura los valores republicanos, basados en la solidaridad humana. De los niños nacidos en la maternidad alimentó y cuidó a más de la mitad ejerciendo, incluso, de nodriza. Algunas de las madres llegaban tan asustadas y, en tan penosas condiciones que no podían dar lactancia. Trabajó incansablemente en la promoción de la vida y el cuidado materno-infantil de aquellas madres que, con menos suerte que ella, regresaban a los campos de refugiados. Así trabajó algo más de dos años y medio, época en la que el establecimiento funcionó a pleno rendimiento.

Había transcurrido año y medio desde que los ejércitos alemanes invadieran Polonia. El nacimiento de Felipe y el comienzo de María García como enfermera en Elné en la primavera

²⁸ GARCÍA TORRECILLAS, M., notas de *Mi exilio*, 2005.

de 1940, coincide con el momento culminante de la II Guerra Mundial. Los intentos de De Gaulle de que los nazis abandonaran Francia habían resultado infructuosos. La experiencia de otra guerra tan inmediata a la vivida por los exiliados de España dio la oportunidad a muchos de hacer en Francia lo que otros ya habían hecho por ellos en España. El efecto de la devastación franquista estaba aún muy fresco en sus memorias y muchos de los refugiados de aquellos campos comenzaron a alistarse junto a los franceses en las filas del ejército para la “Francia Libre”, a los que De Gaulle alentaba desde su exilio londinense. También era la única salida posible para liberarse de aquellos campos.

En los barracones las cosas iban a peor. El régimen de Vichy estrechamente vinculado a la Gestapo, interceptaba cada vez más la entrada de ayuda humanitaria y los acogidos morían de inanición. Las tiendas se vaciaron en pocos días y un flujo cada vez mayor de mujeres judías de procedencia alemana, polaca, noruega y de otros países de Europa huía de los nazis²⁹. Cada semana los habitantes de la Maternidad recibían la visita de la policía alemana que inspeccionaba el establecimiento en búsqueda de madres judías. La situación era cada vez más complicada para las responsables del Centro, por lo que, a los 4-5 días de dar a luz, las mujeres no tenían más remedio que abandonar la Maternidad. Pronto eran denunciadas y localizadas por los nazis. Las subían en trenes y se las llevaban a los campos de exterminio. Los niños quedaban a merced de su suerte o se salvaban de milagro como fue el caso de Wladimir Zandt. Su madre fue atendida por María García en Elné quien atestigua que, tras dar a luz, vivió clandestinamente en Francia hasta que fue sorprendida por la gestapo y detenida a punto de tomar el tren en la estación de ferrocarril de Lyon. La separaron de Wladimir cuando éste tenía en torno a los tres años de edad y lo abandonaron a su suerte. Allí estuvo llorando y pidiendo a su madre hasta que unos gendarmes se lo llevaron a un hogar de ayuda suiza para huérfanos:

“Siempre se repetía el mismo sistema. De los campos de concentración recibíamos noticias de que los alemanes ya los empezaban a visitar llevándose a los judíos que encontraban dejando a sus pequeños abandonados a su suerte y nadie comprendíamos por qué los separaban

²⁹ MONTELLÁ, A., “Nostra lista de Schindler”, op. cit., pp. 22-29.

sin importarles sus gritos ni los de sus madres. Fueron muchos los que quedaron huérfanos y viven gracias a las guarderías de los suizos, atestadas de niños y a la Cruz Roja que tanto les ayudó³⁰.

Con el comienzo de la II Guerra mundial, la ayuda que prestaba La Maternidad se hace cada vez más necesaria y extendió sus brazos a otras mujeres que lo necesitaban. Eran mujeres judías que huían de los nazis. Las redes de solidaridad se fueron ampliando, y ya no sólo se conformaron con ofrecerles un lugar digno donde dar a luz, se trataba de facilitarles la huida, ayudarles a encontrar un lugar mejor. La amistad que María llegó a tener con Elisabeth hizo que ésta facilitara la salida de su compañero Teófilo hacia México, en los primeros embarques del verano de 1940. Como era muy complicado encontrar visados para los dos, María prefirió quedarse ayudando en la maternidad. Al fin y al cabo estaba en un lugar seguro, mientras Teófilo corría más peligro en el campo de concentración.

A partir del verano de 1942, el acoso alemán hacia el personal suizo de la Maternidad se hacía cada vez más persistente. La única enfermera que quedaba en el establecimiento tuvo que huir precipitadamente a Suiza, tras haber sido interrogada durante ocho días continuos por la gestapo en búsqueda de antecedentes judíos en su familia. Esta era la fórmula de intimidación utilizada por los nazis hacia los efectivos de esta asociación con el objetivo de desplazarlos hacia el citado país. Mientras tanto, en Elne, se hablaba de que los alemanes estaban muy cerca. El personal suizo de la Maternidad quedó reducido a Eidenbenz y Marie, la comadrona. A excepción del marido de la cocinera, el resto de los trabajadores de la maternidad eran mujeres. En aquellos días, las responsables suizas de la Maternidad convocaron al grupo de españoles a una reunión para comunicarles que pronto los soldados alemanes les harían una nueva visita. Tras recomendarles que se deshicieran de todos los documentos comprometedores, se rompieron todos los carnets y todo lo que les vinculaba a partidos políticos. Se temía el cierre del establecimiento en cualquier momento. Fue a partir de entonces, cuando María García tuvo la opción por parte de Elisabeth Eidenbenz de quedarse a trabajar en Francia fuera de la

³⁰ *Ibidem*.

Maternidad o preparar su salvoconducto para México. Descartada quedaba la opción de regresar a España. Las cartas que le llegaban a través de conocidos que pasaban la correspondencia desde el otro lado de la frontera no decían nada esperanzador. La familia estaba sufriendo con contundencia la represión del régimen. En Albaladejo, sus padres ya no recogían cosecha o lo poco que recogían les era requisado por la guardia civil. La impotencia les invadía cuando trabajaban todo el año aún a sabiendas que les quitarían el pan de sus hijos.

En cuanto al resto de los trabajadores españoles de la Maternidad sólo dos mujeres regresaron a España. El resto se quedaron en Francia, pues la Asociación de Ayuda a los Niños víctimas de la guerra aceptó el ofrecimiento de la Cruz Roja de formar parte de este organismo y a partir de entonces, se agilizaron las gestiones para que los refugiados españoles pudieran permanecer en Francia de forma legal y obtener trabajo. En el invierno de 1944 Eidenbenz fue detenida por la gestapo y la Maternidad quedó clausurada.

En definitiva, la labor de la Asociación de ayuda suiza a los niños víctimas de la guerra, fue incomiable. Especialmente permanece imborrable en la memoria de los supervivientes de aquellos campos la labor de todos aquellos que de forma visible e invisible ampararon a los refugiados españoles. Además de ocuparse de la situación más prioritaria, la materno-infantil, esta organización actuó en otros ámbitos como fue garantizar el correo y liberar a todos los que estaban en condiciones de ser exiliados a otros países. A medida que los refugiados se comunicaban con sus familias regresaban a España dada la pésima experiencia en Francia. Muchos fueron los que se arrepintieron más tarde de esta decisión pues, en el mejor de los casos, tuvieron que volver a obtener los títulos o certificación que les capacitaron en un principio para el trabajo ya que el franquismo no reconoció los títulos republicanos³¹. Fue un empezar de nuevo. A otros, les ayudaron a encontrar trabajo y se situaron en Francia. Pero la mayoría fueron exiliados a México y al resto de los países del mundo³².

³¹ Principalmente en el ramo de la sanidad. Muchos fueron los médicos y, especialmente enfermeras, comadronas, etc que, cuando regresaron a España se encontraron que su título no era válido. PALLARÉS MARTÍ, A., “Análisis sociológico del papel de las enfermeras durante la guerra civil española”, *Temperamentum*, nº 2, 2005, disponible en: <http://www.index-f.com/temperamentum>.

³² GUERRA, F., *La medicina en el exilio republicano*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2003.

El exilio a Méjico

El verano del 1942 fue un momento decisivo para María García y el futuro de su hijo Felipe, pues debía tomar la decisión de quedarse a vivir en Francia, más cerca de los suyos o marchar al exilio mexicano y reunirse allí con su compañero y padre de su hijo. Esta fecha coincide con la ocupación total de Francia por las tropas de Hitler y los embarques colectivos de republicanos españoles desde las zonas portuarias francesas hacia el continente americano. México fue el destino más común de toda la franja iberoamericana donde, para entonces, ya se habían exiliado unos 11.000 españoles, algo más de la mitad de los transterrados³³.

La ayuda inestimable de E. Eidenbenz en coordinación con la Cruz Roja hizo posible la gestión necesaria con la delegación mexicana de Auxilio a los Republicanos Españoles. María García partió en aquel verano con su hijo Felipe de dos años desde Port Vandrés, tras una emotiva despedida en la Maternidad de Elne, hacia la capital de Méjico, donde los refugiados españoles fueron recibidos con los brazos abiertos gracias a la política de hombres de estado como Cárdenas. El momento de la espera en el puerto francés acompañada de su más que amiga y estimada directora de la maternidad, quedó grabado en una fotografía que forma parte de la historia sobre la represión familiar franquista, eje de este artículo.

El periplo del viaje duró los meses de agosto y septiembre de aquel verano. Aquel primer barco—el General Gabón--, los llevaría hasta Orán. En él embarcaron numerosos refugiados españoles cuyo viaje fue costado por la Cruz Roja Suiza. Una vez en la travesía, María García reconoció a muchos compañeros y compañeras de los barracones de Sant Cebrián y Argelés. También había un nutrido grupo de judíos huidos de la persecución nazi, cuyo viaje había sido gestionado por la asociación de cuáqueros franceses organizados en Marsella. El barco no tenía camarotes y todos trabaron amistad rápidamente al viajar sobre la cubierta del mismo. El acercamiento del barco a las costas españolas durante la travesía no deja lugar a dudas de que, a los vencidos, les había valido la pena la opción del exilio antes que volver con el franquismo:

³³ MATEOS, A., “Los republicanos españoles en el Exilio cardenista”, *Ayer*, nº 47, 2002, p. 107.

“Llegábamos a las costas españolas y se acercaban lanchas para desearnos suerte en América. Algunos gritaban que éramos afortunados y que, si pudieran, se irían con nosotros lejos de España. Se retiraban rápido por temor a que los pillaran hablando con nosotros ¡qué emoción volver a ver España después de tres años!”

Una vez en Orán fueron trasladados en un tren hasta Casablanca. Aquí esperaron casi dos semanas en otro campo de refugiados hasta que un barco portugués—el Serpa Pinto-- les trasladó definitivamente al México.

“El barco se demoraba sin recibir noticias y el grupo de refugiados judíos tenía mucha prisa por llegar a América. Era el quinto día y unos compañeros acordaron ir a Casablanca y saber algo más concreto sobre la llegada del Serpa Pinto. Los pasajes los pagarían los judíos que viajaban con nosotros. Le agradecemos el gesto, pero después comprendimos su impaciencia ya que venían huyendo de los alemanes y tenían prisa de llegar a América. Lloraban y me contaban cómo a sus familiares se los llevaron y nunca más supieron de ellos”.

La gestión surtió efecto. Continuaron el viaje según el programa previsto. El Serpa Pinto era una nave mucho más amplia construida en tres pisos donde cabía mayor número de pasajeros. Existían los de primera clase, en su mayoría judíos, pero también se localiza a un pequeño núcleo de españoles simpatizantes del régimen franquista que, agraciados por la fortuna de algún tío rico realizaron la travesía. Sea como fuere, ricos y pobres, judíos y españoles, republicanos y franquistas refugiados o no, se juntaban a la hora de las comidas ya que ésta era la misma para todos. Los responsables del barco tenían la consigna de que los pasajeros refugiados llegaran “bien atendidos a su destino y no les faltase de nada”. Esto hizo que se produjera un cambio espectacular en los españoles que procedían de los campos de refugiados, masacrados por el hambre y la miseria crónica. Todos podían asearse y comer diariamente. Los enfermos recibieron atención en la enfermería del barco y, sobre todo, se comunicaron, intercambiaron vivencias. En la cubierta de aquel barco, de nuevo se asociaron, proyectaron y gestaron una red de ayuda que sellaron con los brazos entrelazados. Antes de arribar en el puerto de Veracruz la nave atracó algunos días en Las Azores y, tras veintidós días de viaje, en la isla de Cuba. Los pasajeros no pudieron bajar por razones de seguridad, pero en

estos dos puntos de parada se presentaron en el barco enfermeras y otros efectivos de la Cruz Roja Internacional interesándose por María García y su hijo Felipe:

“Llegamos a las Azores y allí permanecimos dos días. Nos llevamos una gran sorpresa cuando subió al barco una patrulla y, una vez con nosotros, uno de ellos pronunció mi nombre y me pidió que lo acompañara. Me dijo en francés que no me preocupara, que los de la Cruz Roja querían hablar conmigo (...). Entramos a un lugar donde nos recibió una persona que nos habló en español, me preguntó si necesitaba algo cuando veo que vienen dos enfermeras con la insignia de la Cruz Roja en la cofia y me puse a llorar, pues esa insignia significaba mucho para mí. Ya más tranquila una de ellas se me acercó y me dijo que tenía noticias de Elne y que desde allí les habían pedido que se enteraran si necesitaba alguna cosa. [“nosotras sabemos de su trabajo con los niños y siempre tendrá nuestro reconocimiento”]. Me entregaron una insignia de la Cruz Roja, que conservo con mis recuerdos de la maternidad, y a mi hijo, le dieron unos dulces que naturalmente, después compartiría con los demás niños”.

Esta experiencia se repetiría de nuevo en Cuba con la sorpresa añadida de que una multitud de españoles se amontonaron en el muelle del puerto aplaudiéndoles a los pasajeros españoles a la vez que gritaban: ¡Viva la República, muera Franco! Por fin llegaron a Veracruz aquel grupo de republicanos españoles entre los que se reencontraron muchas familias y un núcleo de mujeres que viajaban solas o acompañadas de sus hijos, que habían sido reclamadas por sus esposos, hermanos y familia ya en el exilio.

De todos los españoles que viajaron en este barco la mayoría de ellos tenían profesiones cualificadas. Figuran médicos, abogados, comerciantes, funcionarios, mecánicos y pilotos de aviación, oficios especializados así como un escritor y un actor de teatro³⁴.

El plan de reagrupación familiar, una misión cumplida

La sensibilidad y la sintonía de los mejicanos con la problemática de los exiliados desarrollaron una relación dialéctica entre la cultura española republicana y la mejicana. Las

³⁴ No constan las profesiones femeninas. María García, *Notas de Mi exilio*, 2005.

gestiones de la Comisión para preparar la evacuación de exiliados hacia Mexico estaba formada por: Martínez Barrio, el socialista Rafael Méndez, el ex-secretario general del Ministerio de Defensa de Negrín, Julián Zugazagoitia y, el embajador mejicano en Francia Narciso Brassols. Esta Comisión actuó cuando se abocaba el final de la existencia republicana y cubrió ampliamente las expectativas de estas familias españolas. Los exiliados fueron recibidos en el muelle de Veracruz por tres delegados del Servicio de Emigración de Republicanos Españoles. A cada uno les dieron treinta pesos hasta que pudieran contactar con amigos o familiares, los alojaron en un hotel y los atendieron hasta su traslado en tren hasta Nuevo México. Una vez allí, los pusieron en conexión con sus familiares, en caso de que los tuvieran, y les proporcionaron trabajo. A todo ello, cabe añadir la extraordinaria acogida de la ciudadanía de a pie. Como ejemplo cabe señalar la bienvenida que dio a María García y varios españoles más, la dueña de una pequeña pensión situada en el centro de la ciudad de México, donde se alojaron. Todos los huéspedes fueron recibidos con un apretón de manos, instalados en habitaciones limpias y cómodas, alimentados y ayudados a comunicarse con sus contactos más inmediatos. A muchos se les atendió en su soledad y desamparo hasta que reanudaron sus vidas.

Igual de impactante que la guerra para las mujeres republicanas fue el hecho de tener que afrontar esta nueva etapa, en un país desconocido, con unos hijos a quien sacar adelante, sin más ayuda que la de sus propios recursos.

Muchas fueron las mujeres procedentes de los barracones femeninos que viajaron solas o con hijos menores esperando reagruparse con sus compañeros, quienes habían tenido la suerte de embarcar algunos meses o años antes. Nunca tuvieron más noticias de ellos, pues desconocían que éstos habían rehecho en México su vida formando otra familia. Este fue el caso de la protagonista de nuestra microhistoria, quien tras esperar varios días sin éxito el reencuentro con el que había sido su pareja y padre de su hijo, Teófilo Sáez, le comunicó que desde su llegada a México había rehecho su vida con otra mujer.

La Sra. Esperanza-- así se llamaba la dueña de la pensión--, pertenecía a aquella cultura mexicana que ahondaba sus raíces en la idea de lo colectivo y de la necesidad de contribuir con su solidaridad al bienestar de la convivencia humana, poniendo lo necesario para la integración

de otra cultura que no le resultaba extraña. Localizaba a los amigos de los españoles hospedados, los ponía en contacto con las personas con las que debían contactar y les ayudaba a encontrar trabajo. En definitiva, y en contraposición con lo apuntado en la historiografía del exilio sobre la hispanofobia de una parte de la sociedad mexicana en relación con la visión de la Conquista del Vicerreinato, puede decirse que la ciudadanía en general no sólo permitió, sino que impulsó la integración de los exiliados.

“Cuando sabían que eras refugiada te atendían muy bien y siempre te llevabas más de lo que pagabas, en todas partes nos trataban muy bien”.

La experiencia acumulada por María García como enfermera en la Maternidad de Elne y la extraordinaria acogida mexicana, le suavizaron la difícil situación de enfrentarse sola a la reconstrucción de su vida y a la educación de su hijo. Le abrieron las puertas en la capital para establecer contacto con los médicos, enfermeras y matronas del Sanatorio Español, hospital donde desarrolló su actividad como enfermera durante años en Nuevo Méjico. Algunos años más tarde, se independizó laboralmente para trabajar como enfermera domiciliaria de forma autónoma. De esta manera, además de enviar dinero a su familia de Albánchez, pudo ahorrar para reagrupar con ella a sus hermanos. Su hijo Felipe fue escolarizado desde el principio en el Colegio de Madrid. El alumnado eran hijos de españoles y los maestros y maestras en su mayoría, eran también exiliados. La mayor parte de estos alumnos, de ambos sexos, estudiaron carreras universitarias. Tal y como decía el cónsul mexicano en Bayona, Mauricio Fresco, “la emigración republicana española entró en una nueva fase, ya profesionalizada, lo que resultó una victoria para México”.

En la ciudad de Nuevo Méjico, María García se casó civilmente con otro refugiado español, José Fernández Panero, uno de los españoles al que conoció en el barco durante la travesía. Destacado militante del Partido Socialista Obrero Español, perteneciente a una acomodada familia de Zamora de ideas monárquicas muy arraigada al catolicismo decimonónico. Estuvo en el Seminario de donde se salió para estudiar medicina, estudios que abandonó al tomar contacto con las ideas socialistas en Gerona, donde opositó con éxito como funcionario de hacienda. Tras la Guerra Civil se refugió en Marsella, donde encontró la amistad

de Luis Frank, americano de origen judío y fundador en Marsella de la organización de los cuáqueros que salvó a miles de judíos de la quema nazi y formó en Francia una extraordinaria red de ayuda para los republicanos españoles que huían de la represión franquista.

Durante la primera década de su estancia en México, las noticias que recibía desde España eran desoladoras. Su hermano Juan condenado a fusilamiento en dos ocasiones, había conseguido la conmutación de la pena a treinta y un años de cárcel al “extraviarse” al menos en dos ocasiones su expediente. Pasó por varias dependencias carcelarias de Andalucía y zona de Levante, en concreto, estuvo en Alcantarilla (Murcia), Bobadilla (Córdoba), el Penal del Puerto de Santa María y finalmente, en Valencia. No obstante, hubo de transcurrir algún tiempo hasta que María se dio cuenta de que las cartas a su hermano Juan eran abiertas por los funcionarios de las cárceles y de que el castigo y la represión se cebaron en particular en este miembro de la familia tras haber sido acusado sin ningún fundamento de pertenencia al Partido Comunista. Las cartas desde Albánchez no traían mejores noticias. Ante esta situación, el resto de la familia decidió acceder a la propuesta de María, quien desde México, insistía en sus cartas sobre la necesidad de evacuar a sus hermanos ya que las hermanas estaban establecidas con sus respectivas familias entre Barcelona y Albánchez.

El año 1952 es la fecha que marca el principio del fin de la etapa de reagrupación de una parte de los miembros de la familia García Torrecillas. Proyecto perfectamente planificado para el que María no dudó en recurrir a los extraordinarios abogados españoles con los que se reunía cada sábado en la Casa de Andalucía y a los amigos mexicanos a los que consideraba parte de su familia. El primero en salir sería Roque al ser el miembro de la familia que más riesgo tenía por su participación en el frente de Teruel. La mejor solución era gestionarle los trámites y traérselo como exiliado, lo cual le facilitaría la entrada y su futura estancia en México. Todo salió según lo previsto: el siguiente paso, una vez realizados los trámites, era que Roque recibiera los papeles desde México y consiguiera arreglar su pasaporte. Esta última cuestión no era difícil en aquellos años, la corrupción existente entre el funcionariado del franquismo llegó a convertirse en una práctica admitida entre los jefes y responsables de las cárceles. A través de una extensa red de favores e intereses, los funcionarios sucumbían a la práctica, casi

regularizada, del soborno. Todo parece apuntar que esta fue la estrategia utilizada para el exilio desesperado de otros tantos miles de españoles que se fueron a México durante la primera etapa del franquismo. Las enormes colas en las ventanillas donde se gestionaban los trámites de españoles hacia México más que un flujo, fue una hemorragia a través de la cual España se quedó anémica de valores intelectuales, científicos, artísticos y, por supuesto, de una fuerza joven de trabajo tan necesaria para la reconstrucción del país.

No pasó mucho tiempo hasta que María García ahorrara para los trámites y billete de otro miembro de la familia: Domingo, el menor de los hermanos. Ya sólo faltaría Juan. A principios de la década de los sesenta ya había cumplido más de veinte años de cárcel. A través de carta, habría comunicado a María los rumores de una amnistía que puso en marcha un nuevo dispositivo de reagrupación. Las más de dos décadas de convivencia y socialización mexicana facilitó a María García Torrecillas la relación con numerosos miembros del gobierno de este país que se ocupó entonces de las relaciones exteriores. Sin la colaboración del Secretario de asuntos exteriores hubiese sido imposible el exilio de Juan García Torrecillas. Tras un permiso especial solicitado para salir de España, argumentando el deseo de visitar el santuario de la virgen de Lourdes y mostrarle así su “arrepentimiento”, Juan García consiguió salir de España en enero de 1961 con su mujer cruzando clandestinamente la frontera hasta llegar a París, donde les esperaban los contactos mexicanos para su traslado a este país.

La reagrupación familiar no fue consecuencia de la casualidad sino que obedeció a un perfecto plan diseñado desde Méjico. En la década de los cincuenta ya había casi veinte años de experiencia de trámites y de transporte de españoles que permitió el acercamiento de muchas familias y la mezcla de personas de ambos países³⁵.

El análisis de lo cotidiano a través de la práctica de la microhistoria ha sido la excusa para poner de manifiesto cómo fue el prototipo de represión franquista dirigido a los colectivos familiares a través de la individualidad de sus miembros, sin que éstos estuviesen vinculados a organizaciones ni partidos políticos de izquierdas.

³⁵ Los miembros de la familia García Torrecillas: María, Roque y Domingo continúan viviendo en México, a excepción de Juan, fallecido.

Por otra parte, la experiencia de los que huyeron a Francia, deja clara constancia del funcionamiento fascista en los campos de acogida que, pasaron de ser campos de refugiados, a campos de concentración. Todos los refugiados fueron víctimas del autoritarismo francés producto del miedo a que una intensa oleada de refugiados les desbordara todas sus previsiones. La pasividad de las autoridades políticas francesas ante este acontecimiento fue una forma de exterminio en el que la población materno-infantil se llevó la peor parte. Si bien es verdad que la práctica fascistificadora estuvo presente en estos espacios de reclusión y muerte, también cabe decir que sin el comportamiento solidario de la ciudadanía francesa en general y, la ayuda internacional desarrollada por la Asociación de Ayuda Suiza a los niños víctimas de la guerra y la organización de los cuáqueros en particular, no hubiera sido posible la supervivencia de miles de republicanos que se integraron en Francia y se exiliaron a México y otros países iberoamericanos.

El enfoque de género es la clave para comprender las redes de ayuda en los campos de refugiados, la actuación en la maternidad francesa de Elne y el fenómeno de la reagrupación familiar en México. Adentrarnos en otro prisma como es la reconstrucción de la historia de la vida cotidiana de los republicanos españoles en el exilio, necesita de la explicación de fenómenos de interculturalización y de integración, que fueron posibles gracias a un minucioso plan diseñado de política de embarques y acogida, desarrollado entre dirigentes republicanos y mexicanos y, lo que es más importante, del talante positivo de la sociedad mexicana hacia la “cuestión española”.